





La revista "En Patagonia" es una publicación fuera de comercio perteneciente a la Fundación Parques Nacionales. Se distribuye gratuitamente.

Foto de tapa: Foto aérea del cordón del cerro Torre. Daniel Rivademar.
Foto págs. 2/3. Vista aérea de los cordones de los cerros Torre y Fitz Roy; Foto Daniel Rivademar.

En su realización han intervenido:

Coordinación general: Daniel Hirsch | **Coordinación de contenidos:** Santiago Storni.

Redacción y edición de textos: Laura Busto | **Diseño:** Fundación Proa

©FUNDACION PARQUES NACIONALES
Cerrito 1294 5º piso C1010AAZ Buenos Aires - Argentina
(54-11) 4816 6130 - Derechos reservados 2008

Fundación Parques Nacionales agradece la colaboración **TECPETROL - ORGANIZACION TECHINT**
Colección completa de los cuadernos: <http://www.tecpetrol.com/patagonicos/default.htm>

ARGENTINOS EN EL CERRO TORRE

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	4
INTENTOS PREVIOS	5
SEBASTIÁN DE LA CRUZ	10
ALBERTO DEL CASTILLO	14
ROBERTO "KAKO" PARDIÑAS	18
TEODORO PLAZA	21
MONIKA KAMBIC	24
GABRIEL OTERO	27
ROLANDO GARIBOTTI	30
RAMIRO CALVO, GABRIEL Y LUCIANO FIORENZA, WALTER ROSSINI, MÁXIMO ODELL	34
EPÍLOGO	38



ARGENTINOS EN EL CERRO TORRE

INTRODUCCIÓN

Si bien desde el año 1958 varios argentinos venían participando de los principales intentos realizados por expediciones extranjeras, la primera ascensión exitosa de un argentino hasta la cumbre del cerro Torre fue recién en diciembre del año 1987, cuando Sebastián de la Cruz coronó la cima junto con el equipo de escalada que debía realizar la filmación del ascenso para el programa español "Al filo de lo imposible". Luego, siempre integradas por extranjeros, siguieron las expediciones en las que participaron Alberto del Castillo (1990), Roberto Pardiñas (1992) y Teodoro Plaza (1993). Durante los siguientes doce años, ningún otro argentino volvió a lograr la cumbre. Fue recién a fines del año 2005 que las ascensiones de Monika Kambic, Gabriel Otero y Rolando Garibotti incrementaron la lista. A fines de ese mismo año, una expedición formada por cinco amigos bariloenses elevó a doce el número de escaladores argentinos que se posaron sobre la cumbre del Torre.

El 2005 fue un año muy significativo para los alpinistas argentinos. Monika Kambic integró la primera cordada femenina del mundo en lograr la cumbre del Torre y la expedición de Rolando Garibotti abrió una nueva vía llamada "El Arca de los Vientos" y fue nominada al premio Piolet d'Or de ese año, galardón que el equipo rechazó. También se generaron muchas dudas sobre la cordada Maestri-Egger y su llegada a la cumbre en 1959, lo que dio paso a que la ascensión del italiano Casimiro Ferrari en 1974 fuera considerada como la primera real y absoluta. Otro hecho destacable resulta la ascensión de los cinco bariloenses, ya que fueron los primeros argentinos en repetir la vía Ferrari por la cara oeste.

En la actualidad, sólo dos de los argentinos mencionados anteriormente residen en el exterior pero viajan con frecuencia a escalar a la Patagonia. Uno de ellos es Rolando Garibotti, radicado en Estados Unidos; la otra es Monika Kambic, que vive en Eslovenia. Teodoro Plaza falleció en una avalancha en el cerro Tronador, en 1998.

Si bien es cierto que varias de estas expediciones ya fueron reseñadas, nunca habían sido recopiladas en un mismo trabajo. Este cuadernillo no sólo las compiló sino que también logró que cada uno de los protagonistas agregara de su puño y letra una visión personal y actual de la experiencia vivida.

EL CERRO TORRE

El cerro Torre (3.102 m), así llamado por su puntiaguda y sutil silueta, es tal vez la montaña más conocida de la cordillera patagónica austral, tanto por la subyugante historia de su conquista como por su belleza. La magnífica montaña constituye la mayor de las cuatro agujas graníticas que forman un imponente complejo montañoso de rara belleza y armonía.

La cadena del cerro Torre-Cordón Adela está situada en el límite oeste del hielo continental, cerca de los 49°20' de latitud. Sobre la vertiente argentina de la cadena montañosa se forma un valle que confluye con el Río de las Vueltas. La cabecera del valle es ocupada por el glaciar del Torre, desde donde se elevan paredes graníticas compactas de más de mil trescientos metros de altura. La vertiente occidental, la más expuesta a los vientos ciclónicos que provienen del Océano Pacífico, está cubierta casi por completo por una costra de hielo que se forma por la condensación del aire húmedo sobre las paredes rocosas. La vertiente norte todavía no es bien conocida, se extiende desde el horcajo formado entre el Torre y el Egger y se abisma en parte también hacia el oeste, sobre el hielo continental. Probablemente es el lado más peligroso, dado que está sujeto a cubrirse repentinamente de hielo y a liberarse de él con la misma velocidad. Es en esa vertiente norte que se iniciará la historia de la conquista de esta magnífica cumbre.



1958. Agujas Standhardt, Herron, Egger y Cerro Torre desde el oeste. Foto Colección René Eggmann.

INTENTOS PREVIOS

1958. Folco Doro Altán y René Eggmann con Carlo Mauri y Walter Bonatti

La llegada de los franceses a la cima del cerro Fitz Roy en el año 1952 había dado rienda suelta a la obsesión por conquistar el cerro Torre.

Corría el verano de 1957/8 y dos grupos acechaban al cerro por dos flancos distintos: por la cara noreste, Bruno Detassis iba al mando de una expedición integrada por Césare Maestri; y por la cara oeste planeaban escalarlo Carlo Mauri y Walter Bonatti en una expedición organizada por el ítalo-argentino Folco Doro Altán.

Césare Maestri buscó una vía de ascensión a lo largo de la vertiente oriental, pero el jefe del grupo, Bruno Detassis, no permitió siquiera que Maestri lo intentara, al considerar que se trataba de una montaña imposible. Al mismo tiempo pero por la vertiente opuesta, probaba suerte la expedición de Bonatti. Esta cordada iba con un "grupo de apoyo" integrado por Folco Doro Altán y el guía suizo-argentino René Eggmann, que iba en representación del Club Andino Esquel. El resto de los integrantes formaba el "grupo de reaprovisionamiento".

Durante un mes fijaron seiscientos metros de cuerda y llegaron al "Col del Adela", a 2.550 metros. Bonatti intentó seguir y subió ciento veinte metros más por la empinadísima pared, pero cuando se le acabó la soga, bajó y Folco Altán le dijo: *"No vale la pena que te mates, Walter. Ya sabemos cuál es el camino y eso es lo que nos interesa. Volveremos el año que viene y de alguna forma vas a subir..."*. Habían llegado a seiscientos metros de la cumbre. Con la esperanza de regresar al año siguiente, bautizaron al collado como "Col de la esperanza". Así, la expedición Mauri-Bonatti se veía obligada a desistir a causa del mal tiempo y de las grandes dificultades.

Durante aquel intento, Carlo Mauri confeccionó un boceto que coincide con lo que en 1974 terminara concretando Casimiro Ferrari con los "Ragni di Lecco" (Las Arañas de Lecco), al lograr la primera ascensión completa hasta la cumbre.

1959. Cesarino Fava con Césare Maestri y Toni Egger. Otros integrantes: los hermanos argentinos Gianni y Augusto Dalbagni, Juan Pedro Spikerman y Angelo Vincitorio

Frustrado por la derrota de la temporada anterior, Maestri volvió a intentarlo al año siguiente, esta vez con Toni Egger, el mejor alpinista austríaco del momento. Partieron rumbo al sur argentino el 21 de diciembre de 1958 y emprendieron una lucha casi sobrehumana con la montaña. Entre breves períodos de buen tiempo, Fava, Egger y Maestri aparejaron la pared este hasta el nevado que la caracteriza en su parte inferior y allí aguardaron la ocasión para encarar la cumbre. El buen tiempo determinó que la salida sería el 28 de enero de 1959. Ese día por la tarde, llegaron al alto collado entre el Torre y la actual aguja Egger y lo bautizaron "Col de la Conquista". Ya allí, Fava decidió bajar hasta el glaciar. Egger y Maestri escalaron durante muchas horas sobre finas capas de hielo. El 31 de enero amaneció con ráfagas de viento cálido y fuerte y todo indicaba que se avecinaba una tormenta, lo que desencadenó una carrera contra el tiempo hasta la cima. Lograron hacer cumbre. Tomaron algunas fotografías y se quedaron allí tan sólo unos instantes, ya que el clima desmejoraba rápidamente. El descenso fue en medio de vendavales cálidos que provocaban constantes avalanchas; fue entonces cuando una enorme avalancha se desprendió de la cima y se precipitó por la pared oriental. Toni Egger fue arrancado de la roca y su cuerpo desapareció en el vacío. Césare Maestri, golpeado sobre un costado, reinició el descenso al día siguiente, con los restos de cuerda que habían quedado. Pocos metros antes de tocar el ventisquero de base, Maestri cayó, pero logró salvarse. Allí fue encontrado exhausto y desorientado por Cesarino Fava, a quien Maestri informó sobre la muerte de Egger y sobre la pérdida de la mochila y la cámara de fotos que documentaba el logro de haber hecho cumbre. Tiempo después, este logro sería seriamente cuestionado y puesto en duda.

Pocas veces se cuenta que también integraban la expedición los hermanos argentinos Augusto y Giani Dalbagni; éste último reside actualmente en Buenos Aires.

1967/68. José Luis Fonrouge con la expedición británica integrada por Mick Burke, Peter Crew, Dougal Haston y Martin Boysen

En el verano 1967/68, los ingleses Peter Crew, Martin Boysen, Mick Burke y Dougal Haston arribaron desde Inglaterra para intentar escalar el Torre por la cresta sudeste. A ellos se les unió el argentino José Luis Fonrouge. Contrariamente a lo que Fonrouge proponía, los ingleses decidieron que la mejor táctica era la preparación extrema de la pared. Los escaladores llegaron bastante alto, pero el buen tiempo que los había acompañado durante tantos días cesó, obligándolos a claudicar.

"...Sólo encontramos el fracaso a causa de una serie de errores que aprendimos a reconocer para no repetir en el futuro. (...) Equipábamos con sogas fijas cada tramo de pocos metros

que le ganábamos al Torre. Teniendo la retirada cubierta uno se aburguesa, si vale el término aplicado a una ascensión. Psicológicamente se está seguro y cómodo y al menor percance, se echa mano al hilo de Ariadna y se retorna a la seguridad del campamento. En caso de no existir soga, se está obligado a continuar hacia arriba, superando dificultades y momentos cruciales. Sólo cuando la situación es insostenible uno se exige definitivamente bajar. Es por todas esas razones que perdimos la cumbre ese verano; faltó ese 'sprint' necesario para las grandes empresas".¹

1969/70. Folco Doro Altán con Carlo Mauri, Casimiro Ferrari y parte de los "Ragni di Lecco"

En diciembre de 1969 partió de Italia la expedición liderada por Carlo Mauri y cuyos integrantes eran: Pier Lorenzo Acquistapace, Roberto Chiappa, Giuseppe Cima, Casimiro Ferrari, Gianluigi Lanfranchi, Piero Rava, Gianfelice Rocca y Gianni Stefanon. Esta expedición, también conocida como "Los Lequeses", fijó cuerdas en la pared de hielo, pero se vio forzada a abandonar el 26 de enero de 1970, tan solo a doscientos metros de la cumbre.

1970. Fausto Barozzi con Cesarino Fava y Césare Maestri: la apertura de la vía del compresor

Maestri, empeñado en demostrar que él había vencido al Torre, había declarado que volvería a hacerlo "por la pared más difícil y en la estación más impracticable". En 1970 surgió la expedición "Campiglio 70" con el fin de alcanzar la cima del Torre escalando su cresta sudeste en el período invernal. Maestri sabía muy bien que durante el ascenso sería necesario instalar clavos de presión y que, por las jornadas cortas y el mal clima, debía valerse de un aparato para acelerar la perforación de la pared. Así fue como escaló, arrastrando un compresor que en total pesaba cerca de doscientos kilos. El mal tiempo, la escasez de víveres y las bajas temperaturas los obligaron a abandonar indefectiblemente, a sólo cuatrocientos metros de la cima. En lugar de volver a Europa, Maestri reorganizó la expedición y el 2 de diciembre de ese mismo año alcanzó la "cumbre" habiendo colocado con un taladro trescientos cincuenta clavos fijos y sin haber escalado el hongo de hielo, argumentando que era una formación no permanente que no constituía parte de la montaña.

También integraron esa expedición el argentino Fausto Barozzi, quien actualmente reside en Bariloche, y los italianos Ezio Alimonta, Carlo Claus, Pietro Vidi y Renato Valentini. Cesarino Fava optó por retirarse cuando vio los procedimientos que utilizaría Maestri valiéndose del compresor.



1958. Folco Doro Altán, Walter Bantti y René Eggmann en el campamento III. Foto Colección René Eggmann.



Folco Doro Altán.

1. José Luis Fonrouge, *Horizontes verticales en la Patagonia*, Buenos Aires, El elefante blanco, Primera edición, 1999, p. 212.

Cuatro años más tarde, en 1974, la pared oeste fue vencida por Casimiro Ferrari y su grupo los "Ragni di Lecco", invalidando las ascensiones de Maestri de 1959 y 1970 por considerarlas incompletas.

1974. Ragni di Lecco

Después de los intentos de 1958 y 1970, el grupo italiano "Ragni di Lecco", esta vez liderado por Casimiro Ferrari, regresó al Torre para intentarlo por la pared oeste. Los escaladores eran: Gigi Alippi, Giuseppe Lanfranconi, Pierlorenzo Acquistapace, Angelo Zoia, Giuseppe Negri, Ernesto Panzeri, Claudio Corti, Mario Conti, Danielle Chiappa, Sandro Liati y Mimmo Lanceta. Al llegar a la Argentina, se unieron al grupo de apoyo local de Hugo Copertari, R. Fernández Alonso y nuevamente Folco Doro Altán. Esta expedición se guió por el boceto y la vía planteada por Carlo Mauri en 1958, y concretó la primera ascensión completa hasta la cumbre sobre el hongo de hielo. Esta ascensión es aclamada en muchos sitios como la primera escalada verdadera al cerro Torre.

1988. Eduardo Brenner, Silvia Fitz Patrick, Héctor Cuiñas y Pedro Friedrich

Eduardo Brenner y su novia, Silvia Fitz Patrick, compartían el ambicioso proyecto de completar una vía nueva y original al cerro Torre. Así fue como en 1988 subieron la cara este del cerro Adela Sur, desde donde alcanzaron la cumbre del Adela Central y continuaron travesando hacia el norte. Realizaron la primera ascensión al cerro Adela Norte con la intención de bajar hacia el nevero que interrumpe la pared sur del Torre, para travesear por él hacia el este y así alcanzar el espolón sudeste.

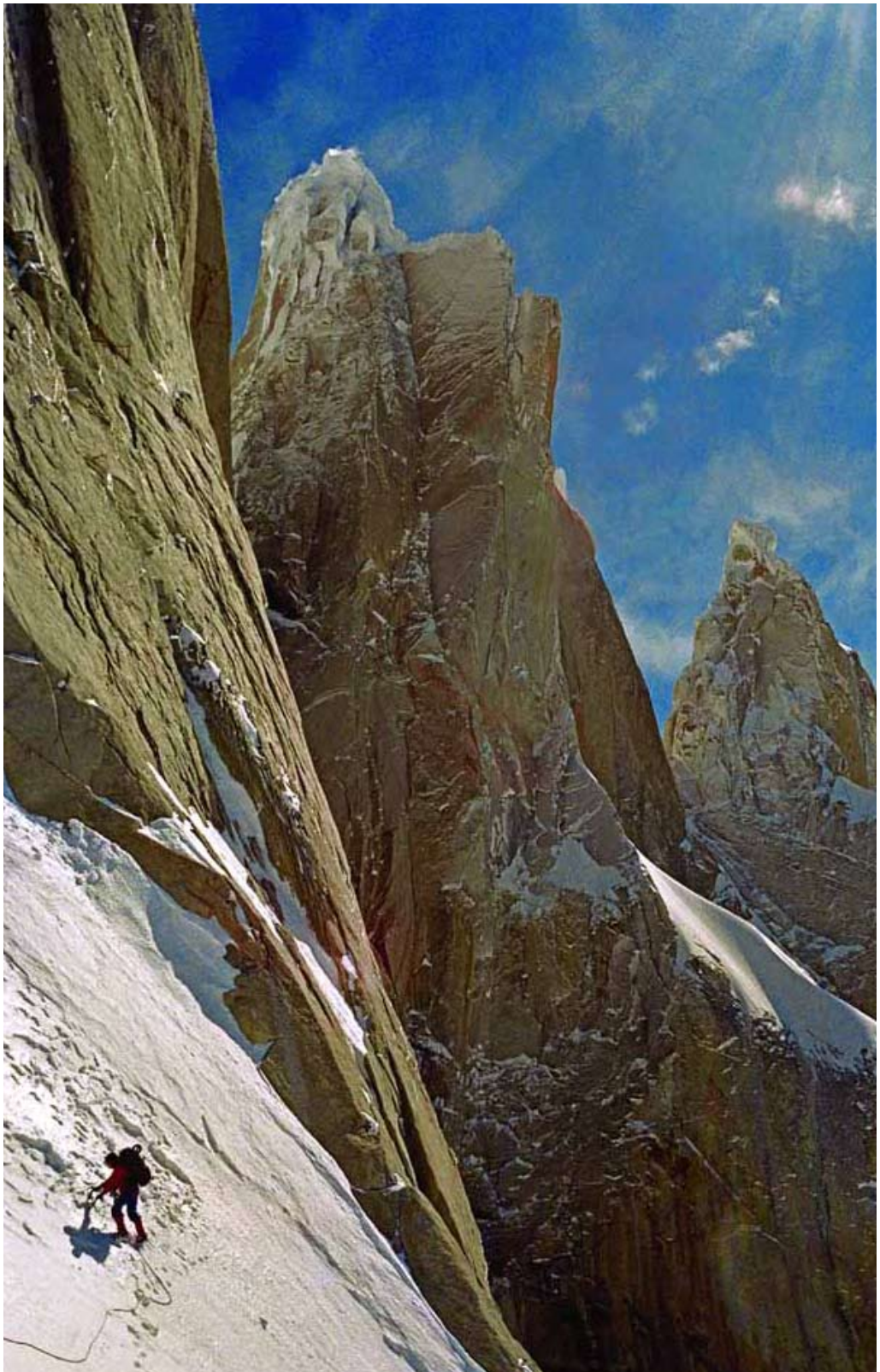
Luego de varios intentos fallidos, decidieron buscar algo más razonable. Entonces se encontraron con Héctor Cuiñas y Pedro Friedrich, que iban a intentar la pared oeste, pero había sido un invierno sin nevadas fuertes y dicha cara estaba casi sin hielo, inescalable. Juntos llevaron a cabo una serie de intentos por la Vía del Compresor, pero el clima no los acompañó. Pedro Friedrich desistió pero los otros tres integrantes hicieron un intento más, alcanzando las torres de hielo, a doscientos metros de la cumbre. Allí pasaron varios días a la espera del buen tiempo –que nunca llegó– y se vieron obligados a renunciar. Cansados, bajaron a El Chaltén, que entonces contaba con apenas cuatro o cinco casas. Eduardo y Silvia se sumaron a un grupo de conocidos que iba a hacer una bajada en gomón por el Río de las Vueltas. Eran seis en el bote. El resultado fue sumamente trágico. Eduardo, el guardaparques y otra persona más perdieron la vida en esa desafortunada aventura. Silvia logró salvarse porque pudo sostenerse de una piedra. Salió por la margen del río opuesta al pueblo –en donde consiguió refugio– y cuando regresó a El Chaltén se enteró de la muerte de su novio y de sus amigos. El cuerpo de Eduardo Brenner fue hallado días después, en el lago Viedma.



José Luis Fonrouge en 1967.
Foto gentileza José Antonio Fonrouge.

Entre 1987 y 1993 sólo cuatro argentinos habían coronado el cerro Torre y ningún otro lo logró por los siguientes doce años.

En el año 2005 cuatro expediciones, una de las cuales estaba integrada por cinco argentinos, elevó a doce el número de escaladores argentinos que se posaron sobre la cumbre del Torre.



1988. Silvia Fitz Patrick fotografiada por Héctor Cuiñas.

SEBASTIÁN DE LA CRUZ

con los españoles Ramón Portilla y Antonio Trabado
26 de diciembre de 1987. Vía del Compresor.



La primera ascensión de un argentino a la cumbre del cerro Torre fue en 1987, cuando Sebastián de la Cruz, con apenas diecisiete años, integró un equipo de escalada que debía realizar la filmación del ascenso para el programa de la televisión española "Al filo de lo imposible".

El 3 de diciembre de 1987 Sebastián de la Cruz y los españoles Ramón Portilla y Antonio Trabado partieron rumbo a la cima del Torre.

En el primer intento lograron pasar por sobre las torres de hielo, pero los atrapó la noche envuelta de mal tiempo. Sin la luz del día sería imposible filmar el tan ansiado logro, por lo que decidieron descender algunos metros hasta llegar a una estrecha plataforma tallada en el hielo. Allí aguardaron con frío el amanecer, desenredaron las sogas semicongeladas y continuaron bajando dificultosamente hasta una cueva de hielo en donde pasaron la noche, para luego seguir descendiendo hasta el campamento base, en el valle del Torre.

Debieron esperar veinte días para que el clima mejorara; y ya en condiciones meteorológicas más aceptables, decidieron dirigirse nuevamente hacia la cueva, en donde se instalaron junto a otras tres cordadas de dos, lo que hizo un total de nueve; demasiada gente para cocinar, moverse dentro de la cueva y también para escalar. Decidieron, entonces, aguardar a que los otros escaladores partieran. Pasaron el día allí, dispuestos a encarar la cumbre al día siguiente. Iluminándose con linternas y decididos a subir por una cuerda fija que habían instalado el día anterior, comenzaron el ascenso a las tres de la madrugada, inmersos en un misterio oscuro de fragor estridente y viento helado. Ya había amanecido cuando llegaron a la placa del sexto largo. Ramón llegó primero y Antonio y Sebastián llegaron porteando la carga con los jumars. Dedos fríos, viento, nubes amenazantes... rápidamente alcanzaron la diagonal y siguieron en "ensamble" por la línea de buriles. A las nueve de la mañana estaban en la chimenea, encarada por Ramón Portilla, que tiraba trozos de hielo sobre sus compañeros que debían esquivarlos y filmar a la vez. En las torres de hielo punteó Antonio Trabado; las cruzaron bajando a dos cordadas



Descenso en rapel durante la tormenta del primer intento.

y rápidamente llegaron a las tiradas de buriles, en donde el encargado de marcar el ritmo fue Sebastián. Luego alcanzaron la plataforma del vivac, desde donde se aprecia parte del Campo de Hielo Continental, la pala superior de la pared sur y el cerro Adela, que truena de avalanchas. Realizaron la travesía de la torre de hielo hasta la base del torreón final, en donde se cruzaron con un suizo y un italiano. Sebastián siguió adelante hasta la última reunión y se encontró con el compresor que dejara Césare Maestri en 1971, cubierto con hielo vivo, como si fuera parte de la pared. Mientras preparaba los estribos recordó la increíble hazaña y la valentía de los que habían pasado por allí antes, en una época en la que mentalmente era mucho más difícil escalar esa sección y ese cerro. El paisaje era realmente asombroso e irreal, teñido de blanco y rodeado de increíbles formaciones de hielo. El hongo cumbre que antes había estado por encima de sus cabezas, se hallaba a un costado. Ramón y Antonio llegaron al encuentro de Sebastián y todos lograron entonces hacer cumbre el 26 de diciembre de 1987. Risas, alegría, abrazos fuertes, muy fuertes, se confundían con la emoción del momento.

La cumbre dio paso a otro sueño: divisar el Campo de Hielo Continental completo, un mar blanco de olas inmóviles que reflejaban el brillo del sol; nubes como rebaños de ovejas llevadas por un viento manso sobre la planicie helada, contra los flancos de los cordones Adela y Marconi.

Tomaron muchas fotografías y filmaron los últimos carretes de 16 milímetros antes de iniciar el descenso, uno detrás de otro, con las maniobras metódicas de un equipo que funciona como una máquina aceiteada que se descuelga pared abajo. Las fuertes ráfagas de viento y las nubes no se hicieron esperar más. Descendieron la diagonal de buriles con cuidado, desenganchando y desenredando las cuerdas a cada instante. En el quinto largo los sorprendió el anochecer, por lo que continuaron con linternas hasta que llegaron a la cueva de hielo, repleta de escaladores, a las 23.30 horas. Pasaron la noche allí. La mañana siguiente los recibió con buen tiempo para continuar el descenso, hundiéndose en el glaciar a cada paso.

Por esas cosas de la televisión y del cine que pocas veces se relacionan con la magia de la espontaneidad, Sebastián volvería a posarse en la cumbre del Torre, pero en helicóptero. Primero en el año 1990, con motivo de la filmación de la película "Grito de Piedra", de Werner Herzog, durante la cual estuvieron varias veces en la cumbre con una cueva de hielo equipada. Tuvieron que fijar cuerdas por la Vía del Compresor y por la pared oeste, la Vía Ferrari. También tenían cuevas equipadas en "el Hombro" y en "el Elmo" respectivamente.

El 24 de abril de 1993, Sebastián haría cumbre nuevamente, luego de haber realizado el primer cruce norte-sur del Campo de Hielo Sur, con los mismos compañeros de "Al filo de lo imposible", para filmar la presentación del programa español y algunas vistas aéreas de la expedición.



Aproximando al cerro Torre.

Veinte años después de haber hecho cumbre por primera vez, Sebastián relata:

“Escribir sobre el cerro Torre es como evocar recuerdos lejanos de locura, insomnio y pasión. Todo por un trozo de roca imposible, irreal, ajeno a la gravedad, incluso a aquellos recuerdos. Hacer el Torre en aquella época fue para mí como una evolución natural. Tenía entonces diecisiete años, ya había escalado el Fitz Roy por la ruta franco-argentina y también por la supercanaleta en invierno y había llegado cerca de la cumbre por la vía americana; todo esto en el lapso de un año calendario. Estaba aún en el colegio secundario cuando unos amigos españoles, Ramón Portilla y Antonio Trabado, a quienes había conocido el año anterior en el campamento base del Fitz, me invitaron a unirme a ellos para filmar un documental en el Torre. Dejé el colegio antes de que terminaran las clases, por lo que en el verano tuve que rendir libre todas las materias.

Subimos por la Vía del Compresor usando los clavos artificiales que había plantado Césare Maestri en el año 1971. Al llegar al compresor, imaginariamente me saqué el sombrero por la labor que había realizado Maestri y agradecí haber podido subir ese pedazo de piedra prácticamente como un turista. Sin su trabajo, la gran mayoría de los ascensos a esta montaña no se hubiesen concretado y muchos escaladores extranjeros no habrían podido regresar a sus hogares haciendo alarde de haber subido el “vertiginoso” cerro Torre. Algunos hasta han ganado dinero por haberlo escalado. Sin lugar a dudas se trata de una escalada de envergadura que permite vivir la historia del ascenso, para lo cual ciertos personajes hasta han tenido que taladrar la roca y construir escaleras de buriles de centenares de metros.

Sin entrar en la ríspida polémica sobre quién subió primero, de qué nacionalidad era, en qué estilo, en qué tiempo, si era de día, de noche, invierno, verano, etc., en esas típicas discusiones humanas sobre quién es el mejor o el más rápido, debo reconocer que en realidad y en el sentido estricto de la ética y de los estilos de escalada, todos los que subimos al Torre por la Vía Maestri del Compresor no merecemos gloria eterna, ya que empleamos los clavos que colocó Maestri; excepto, en mi humilde opinión, por el suizo Marco Pedrini, que lo hizo en diciembre de 1985 en el asombroso tiempo de cuatro horas y luego lo escaló tres veces más en los días sucesivos para filmar una película con el cineasta suizo Fulvio Mariani.

En la época en que en las primeras expediciones a la Patagonia la meta era intentar un primer ascenso a una montaña virgen, cada expedición venía preparada a dar todo de sí, con los conocimientos propios y estilos de la época. Los que vinieron antes tenían menos medios que los que vinieron después. Por eso el hecho de que yo, veinte años más tarde de haber subido la vía que Maestri y sus cinco compañeros de las Dolomitas inventaron hace casi cuarenta años, critique estilos y comportamientos, es totalmente irrelevante, ya que eso forma parte de la historia. Esta historia que, plagada de comentarios, aporta una postura y otras visiones en cuanto a la evolución cultural de la actividad. Quizás alguien dentro de un tiempo diga: “¡Mirá por lo que discutían estos tipos!”.

Sebastián de la Cruz



Sebastián de la Cruz. Al fondo el cerro Torre.

“Escribir sobre el cerro Torre es como evocar recuerdos lejanos de locura, insomnio y pasión. Todo por un trozo de roca imposible, irreal, ajeno a la gravedad, incluso a aquellos recuerdos”.



Sebastián de la Cruz en la "Gran travesía".

ALBERTO DEL CASTILLO

con el checo Miroslav Smid. 14 de febrero de 1990.
Espolón sudeste Vía del Compresor.



Alberto del Castillo nació el 26 de octubre de 1961, es Profesor Nacional de Educación Física e Instructor Nacional de Escalada. Cuando era niño frecuentaba las sierras de Tandil y continuó desarrollando una profusa carrera como montañista con una notable trayectoria desde 1985, año en el que fue a escalar a Europa y luego a Australia.

El 8 de diciembre de 1989, Alberto del Castillo se instaló en el campamento base de Río Blanco. Las perspectivas de escalar alguna cumbre eran casi remotas, ya que nevaba cada dos o tres días. Sin embargo, a mediados de diciembre intentó la aguja Saint Exupéry, pero una avalancha le impidió continuar. Ese mismo mes partió hacia la aguja Guillaumet por la Vía Brenner, pero tampoco tuvo éxito. Fue recién en un segundo intento, el 15 de enero de 1990, que logró hacer cumbre en la Guillaumet. Entusiasmado por la hazaña, comenzó a asediar el Fitz Roy a pesar del mal tiempo. Afortunadamente las condiciones meteorológicas mejoraron y el 30 de enero tuvo la oportunidad de posarse sobre la cumbre del Fitz junto con los brasileños Bito Mayer y Alexandre Portela. El 4 de febrero coronó la aguja Poincenot con el grupo que también integraba Roberto "Kako" Pardiñas.

Alberto había decidido descansar un tiempo en lo de Don Guerra (proveedor habitual de caballos a los montañistas en El Chaltén), cuando el checo Miroslav "Mira" Smid le propuso escalar el cerro Torre. "Mira" venía de escalar solo el Fitz Roy, la Poincenot y nuevamente el Fitz por la ruta americana.

Ambos partieron el 11 de febrero a las 17.30 horas rumbo al Vivac de los noruegos, donde pasaron la noche. La idea no era subir demasiado el primer día sino descansar bien para emprender la escalada con fuerza.

A las 6.30 horas estaban ya sobre el hielo, al pie del espolón que los conduciría al "Hombro" donde está la cueva de hielo. Fue en ese momento cuando sintieron un estallido y vieron caer al vacío parte del hongo de hielo de la torre Egger, del tamaño del edificio del correo de Bariloche, que estalló contra el espolón este y cayó a unos quinientos metros de donde estaban ellos. El espectáculo fue entre mágico y aterrador, ya que el viento de la avalancha los cubrió de hielo y nieve.

Continuaron el ascenso sobre un hielo rígido e ideal para escalar, encordándose en un solo largo. Llegaron a la cueva de hielo en la rimaya, descansaron un momento y siguieron escalando. En el quinto largo del espolón este tallaron una repisa de hielo y colocaron cuerdas fijas en el sexto y séptimo largo, para utilizarlas al día siguiente. A las nueve de la noche estaban en el cómodo vivac dentro de sus bolsas de dormir. A la mañana siguiente partieron temprano, "Mira" se colocó botas plásticas y Alberto zapatillas de escalada.



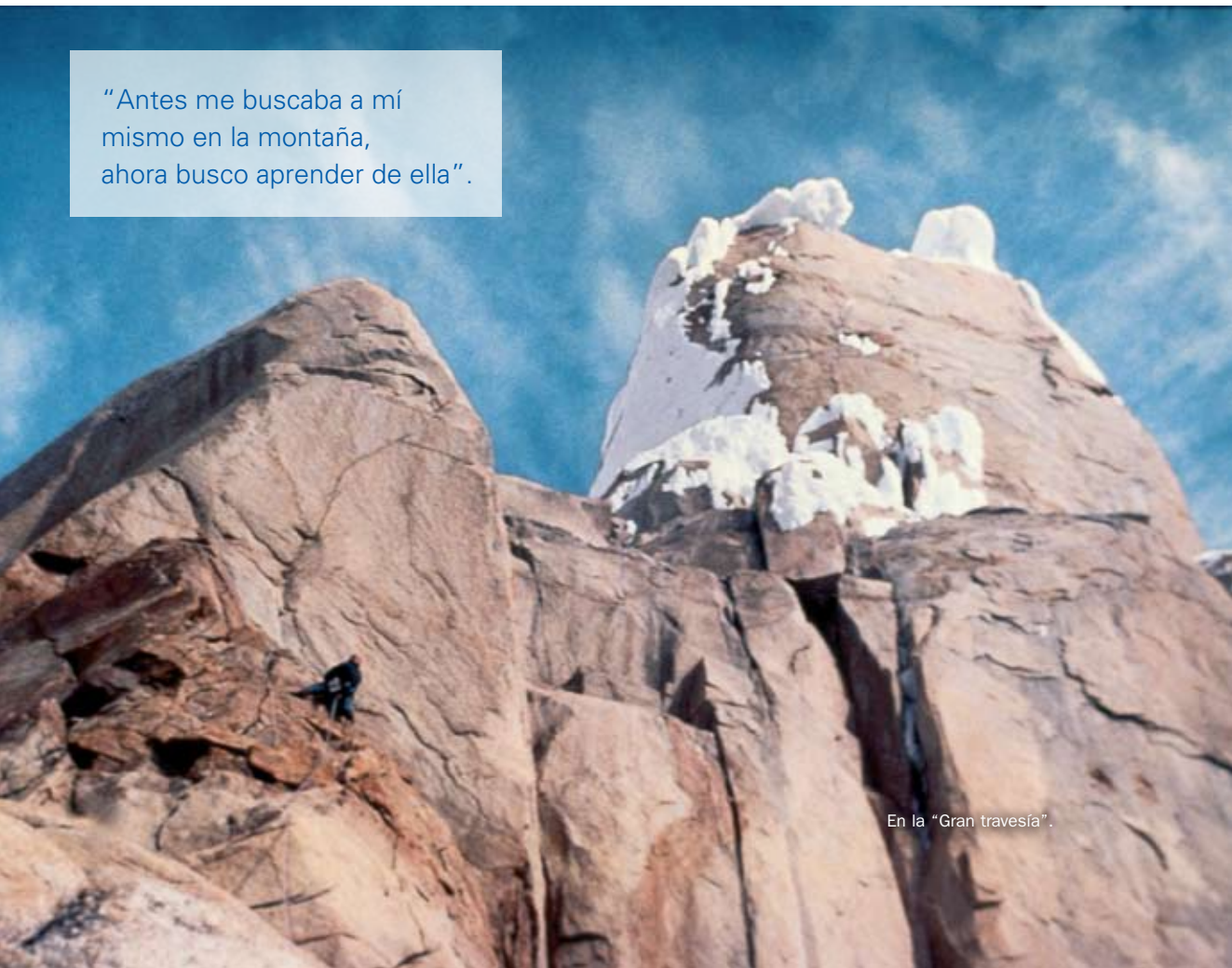
Alberto del Castillo en el largo llamado "Banana Crack".

Los largos de Maestri los hicieron rápidamente en ensamble; los clavos de compresión estaban en muy buenas condiciones. En las torres, el hielo estaba muy rígido, lo que animó a Alberto a colocarse botas plásticas con crampones. Cuando llegaron al pie de la pared terminal, unos doscientos metros antes de la cumbre, vieron que la cordada de "Kako" Pardiñas regresaba porque se avecinaba una tormenta. Miroslav ya había estado allí dos veces y no tenía intenciones de desistir, las cartas estaban echadas y decidieron seguir adelante.

Miroslav punteó el largo de Bridwell mientras Alberto lo aseguraba desde arriba del compresor, tan solo a veinte metros de la cumbre y rodeados por las nubes y la humedad que se congelaba en la ropa y en el pelo. Faltaba poco. Alberto se tomó de los "jumars" y subió rápidamente el último largo. En el filo cumbre, entre los dos hongos de hielo, el viento había dejado de soplar pero quedaban muchas nubes. Dejaron las cuerdas y dieron la vuelta al hongo subiéndolo por una rampa fácil. Llegaron a la cumbre del Torre. El buen tiempo dejaba que el imponente Fitz Roy se asomara entre las nubes. Era el 14 de febrero de 1990. Casi no hablaban, pero estaban felices.

Comenzaron a descender. Llegaron al vivac a las 23.30 horas, con un cielo despejado y sintiéndose muy afortunados, aunque ya no les quedaba combustible para derretir nieve ni más comida que un cubito de caldo y un diente de ajo que debieron compartir. Pasaron la noche allí y al día siguiente bajaron despacio rumbo al campamento. El día era perfecto, el Torre les había regalado su cumbre y aún les permitía verla una y mil veces. El verano terminaba pero, como si no hubiera tenido bastante, Alberto se internó en el Campo de Hielo Continental por el Paso Marconi hasta el Paso del Viento. Una verdadera sobredosis patagónica.

"Antes me buscaba a mí mismo en la montaña, ahora busco aprender de ella".



En la "Gran travesía".



En la "Gran travesía". Se aprecia la sucesión de clavos de presión puestos por Maestri.

"Pasaron ya diecisiete años desde aquella ascensión y muchas cosas en mi vida y en El Chaltén desde aquel momento, cosas que hacen que me cueste escribir y relatar lo que para mí fue un viaje vertiginoso y único y que en realidad no tuvo nada de épico ni de especial para la actividad alpinística internacional del momento, pero tal vez sí para la nacional y, sin dudas, para mí.

El Fitz había comenzado a dejar de ser un mito para los argentinos luego de la ascensión de Sebastián de la Cruz por la vía franco-argentina, pero el Torre seguía pareciendo un imposible para nosotros. Sin embargo, los imposibles van dejando de ser ideales cuando los simples mortales accedemos a montañas de la envergadura del Torre. Si bien es cierto que muchos lo hemos escalado por la denominada Vía del Compresor y utilizando los clavos que colocó Césare Maestri, somos conscientes de que se está instalando en el valle una ética diferente sobre la evolución del deporte. Si esta ética va de la mano de la protección general de la montaña en un marco global, con sus valles y sus ríos, pues es bienvenida, pero al mirar el lugar como un todo, las paredes y la base de la montaña, me doy cuenta de que no es así, de que



la situación es crítica. Hoy, el problema ético en la montaña va más allá del estilo de escalada. El Chaltén está siendo sorprendido por el mismo fenómeno de destrucción que sufren pueblos del Himalaya y sus campamentos base. El mismo pueblo que cuenta con internet satelital, que tiene bares para no tener que cocinar en los campamentos base o que alquila o vende casas a 'climbers' para que su estadía en el valle sea más confortable, es el responsable directo de un perjuicio al medio ambiente sin precedentes en la Patagonia, lo cual representa un problema ético mucho mayor.

Ahora bien, volviendo a mi experiencia con el Torre, mi primer acercamiento a la montaña —y el único con éxito—, fue el que relata el viejo artículo titulado 'Sobredosis Patagónica'¹ que se publicó en el anuario del CAB² de entonces.

Más tarde hubo un segundo, un intento invernal con dos amigos españoles que se interrumpió por una de las nevadas más grandes que he vivido en la Patagonia y nos tuvo más de un mes entre el Paso del Viento y el Circo de los Altares. En esa oportunidad quizás nuestra ambición no fue lo suficientemente grande como para intentar subir en condiciones meteorológicas desfavorables y extremadamente peligrosas, o simplemente el objetivo nos quedó grande. La última vez que intenté hacer algo en el Torre fue con Casimiro Ferrari, también durante el invierno y al mismo tiempo que una cordada polaca. Esa vez, una avalancha cortó las cuerdas de los polacos unos metros más abajo del bloque empotrado entre el Adela y el Torre y tuvieron que desistir, al igual que nosotros, que seguíamos sus pasos. Tiempo después, Francois Marsigny y el gran Andy Parkin hicieron la vía 'En búsqueda del tiempo perdido', donde casi pierden la vida en una odisea de supervivencia tratando de encontrar el camino de salida a la estepa por el glaciar Viedma.

El paso del tiempo hace que uno vea a las montañas de otra manera. Antes me buscaba a mí mismo en la montaña, ahora busco aprender de ella. Tengo la mente más abierta, los objetivos a mi medida. Busco la belleza y la encuentro en cada sendero, en cada amanecer, en cada bosque, en un campamento con mi familia. No me siento un 'climber', tal vez nunca lo fui. Sí me siento un amante de la naturaleza, de sus ríos y de sus bosques; me siento un turista que aprovechó la Vía del Compresor para acceder a un punto desde el cual observar el valle y encontrarse a sí mismo.

Aún hoy, cada vez que levanto la cabeza para mirar el Torre, se genera en mí una sensación especial que no cualquier montaña despierta, la misma extraña pasión que invita a los escaladores a seguir desafiando su cumbre".

Alberto del Castillo

1. Alberto del Castillo, "Sobredosis Patagónica", Club Andino Bariloche, Edición 1992, p. 62.

2. Club Andino Bariloche.

ROBERTO “KAKO” PARDIÑAS

con el brasileño Alexandre Portela y el español Pepe Chaverri. 20 de febrero de 1992.
Espolón sudeste. Vía del Compresor.



Fue una temporada con muy mal tiempo la que les tocó en esa ocasión a Roberto “Kako” Pardiñas, nacido en Buenos Aires y con 34 años en aquel entonces y a Alexandre Portela, oriundo de Río de Janeiro y con 27. Casimiro Ferrari, con quien habían compartido unos quince días en el campamento base, les había dicho: *“No suban así, la pared está peligrosa y van a encontrar dificultades donde no las hay”*. Pero estaban decididos a intentarlo, por lo que se vieron obligados a usar una estrategia muy especial: esperar al pie de la pared hasta que se presentara una de esas preciadas “ventanas” de buen tiempo que no duraban más de treinta horas y subir, aunque la vía estuviera cargada de hielo y en muy malas condiciones para escalar. A último momento se les unió Pepe Chaverri, un español de 22 años, y otra cordada integrada por dos estadounidenses.

El 19 de febrero de 1992 salieron del campamento base “Maestri”. Era la sexta y última vez que lo intentarían esa temporada. Dos años antes, en febrero de 1990, lo habían intentado dos veces, pero sin éxito.

Escalaron con dificultad durante tres horas hasta que llegaron a las cuevas en el “Hombro”, donde una semana antes habían dejado en un porteo sus cosas atadas a una cuerda fija, que se había roto por el movimiento del glaciar y la tensión. Estuvieron cavando en el hielo hasta la una y media de la mañana para encontrar la cuerda, pues allí estaba todo el equipo. Tomaron algo caliente y retomaron la escalada a las cinco de la mañana del 20 de febrero.

La condición de las paredes les permitió llegar hasta las torres de hielo en zapatillas de escalada.

Kako soportando la tormenta.



En ocasiones se podía avanzar sin poner seguros y en otras había que limpiar la zona por diez minutos solamente para poner un empotrador.

El último tramo lo hicieron sin más que lo puesto. No llevaron comida ni abrigo de repuesto, tampoco bolsas de dormir, calentador o agua. Nada. Durante el ascenso soportaron una tormenta de lluvia, hielo y viento, con ráfagas de más de ciento cincuenta kilómetros por hora que bajó la temperatura veinte grados y los puso al límite en el que sus vidas dependían de los caprichos de la naturaleza. Hacía mucho frío. Alexandre fue arrancado de la pared por una ráfaga. Kako lo sostenía con fuerza de la cuerda de rapel que cimbraba. Afortunadamente la ráfaga cesó y Alexandre volvió a tener contacto con la pared.

A pesar de las dificultades y los constantes desafíos, se sentían como en un sueño, motivados por una energía superior. Kako tenía buenos crampones así que usaba una sola piqueta, mientras que Alexandre escalaba con una en cada mano. El hielo tenía una pendiente bastante pronunciada, de unos 75 grados, pero iban muy bien. El compresor era un

gran bloque de hielo que parecía imposible de atravesar; se necesitaba algo más que piquetas y estribos. Llegaron al largo de Bridwell y la emoción se unió en una sola voz al ver que Alex pudo sortearlo.

A las 23.30 horas los cinco montañistas pisaron la cumbre. A lo lejos se divisaban las últimas siluetas de los cuernos del Paine mientras todo se oscurecía. Comenzaron a relajarse, tentados de dejarse vencer por el cansancio. Una hora en la cumbre era más que suficiente. Allí perdieron una cuerda y se vieron obligados a rapelar por la única que les quedaba. Así, las maniobras se hicieron más complicadas y lentas. Kako era el único que hablaba inglés y oficiaba de intérprete con los norteamericanos, para poder entenderse en las maniobras. Afortunadamente las condiciones meteorológicas mejoraron y el Torre les regaló un poco de buen tiempo; en esas circunstancias, una tormenta hubiera hecho un verdadero desastre. Las siguientes diez horas descendieron envueltos en la luz de la luna llena, hasta llegar a las cuevas. Sólo ellos guardan en sus corazones esas sensaciones, imposibles de transmitir en un relato.

“Escribir sobre lo vivido durante el ascenso al Torre es difícil porque fue una experiencia muy personal. Sólo puedo reflexionar sobre lo que era la Patagonia en esa época de pioneros, equipos caseros, ropa prestada, días de cabañas al lado del fuego a la espera del buen tiempo —solo podíamos especular sobre cuándo saldría el sol según a quién le dolieran los pies—, donde no importaban los récords de velocidad ni superar nada más que las propias dificultades. Aquella Patagonia en la que uno formaba parte de todo lo de alrededor: el silencio, el viento, un grito de un compañero cuando la cuerda se enganchaba, las charlas con los gringos sobre sus hazañas... Alguno pensará que soy un viejo cuando digo que todo tiempo pasado fue mejor, pero no, sólo agradezco haber sido parte de esa hermosa época y de haber compartido una Patagonia que ya no es, con esa maravillosa gente que puedo llamar amigos... aunque muchos de ellos sólo vivan en mis recuerdos”.

Roberto “Kako” Pardiñas



Foto superior: Kako y Pepe cavando horas en la nieve, buscando el equipo que habían dejado una semana antes.

Foto centro: En la “Gran travesía”.

Foto inferior: Las herramientas de escalada congeladas.

“Sólo puedo reflexionar sobre lo que era la Patagonia en esa época de pioneros, donde no importaban los récords de velocidad ni superar nada más que las propias dificultades. Uno formaba parte de todo lo de alrededor: el silencio, el viento, las charlas con los amigos...”



Kako en la tormenta acomodando los estribos de cinta.

TEODORO PLAZA

con el vasco Iñaki San Vicente. 4 de marzo de 1993.
Espolón sudeste. Vía del Compresor.



El 27 de febrero de 1993, Teodoro "Teo" Plaza y Lucas Köpcke subieron al campamento Bridwell (hoy conocido como De Agostini) con todo el equipo necesario para escalar el cerro Torre por la Vía Maestri del Compresor. El 28 partieron desde allí a las siete y media de la mañana; pasaron por el Vivac de los noruegos en donde recogieron la comida que una expedición austríaca había dejado en el lugar y escalaron los trescientos metros mixtos que llevan al "Hombro". Utilizaron las linternas frontales para continuar, ya que llegaron al cuarto largo a las once de la noche. Limpiaron el hielo de una repisa y se acomodaron para vivaquear. El calentador no funcionó, así que no pudieron derretir nieve para cocinar ni para tomar agua. Al amanecer continuaron la escalada. Pasaron la "Banana crack" (5º largo), luego la "Gran travesía" (largos 10º y 11º) y llegaron a las Torres de Hielo. El buen tiempo los acompañaba, pero estaban deshidratados y cansados por el gran esfuerzo que habían hecho el día anterior, así que decidieron bajar. En el espolón del "Hombro", realizaron otro vivac sin ninguna protección; y el 2 de marzo llegaron nuevamente al Vivac de los noruegos, en donde los esperaba Iñaki San Vicente, un escalador vasco que había subido hasta allí con la idea de alcanzarlos para escalar juntos. Descansaron todo ese día. Repusieron fuerzas y se alimentaron bien. El 3 de marzo, Iñaki y Teo partieron rumbo al "Hombro" a las seis de la tarde. Lucas decidió descender hasta el campamento Bridwell. Esta vez llevaban bolsas de dormir, lo que hizo de los vivacs algo mucho más agradable. Al día siguiente, a las siete y media de la mañana, ya estaban escalando sobre terreno conocido por Teo, lo que les permitió moverse más rápidamente.



Teo en Patagonia "jumareando".

Llegaron a las Torres de Hielo y pasaron el relevo hasta el que habían llegado Teo y Lucas unos días antes. Terminaron las Torres y entraron en la pared final, Iñaki adelante, en simultáneo hasta el compresor. Teo tomó la delantera en el "largo de Bridwell". Los clavos y "rivets" estaban en buen estado y unos metros más arriba, dos "spits" marcaban el final de las dificultades. Iñaki subía mientras Teo fijaba la cuerda. El hongo somital, al ser de hielo y nieve, sufre variaciones en su forma, y en lugar de toparse con una rampa, esa vez encontraron un resalte final extraplomado que les tapó un poco la vista hacia el este, pero les permitió apreciar el Hielo Continental. Juntos subieron hasta la cumbre. Eran las 20.15 horas del 4 de marzo de 1993.

“Puedo imaginarme su cara
refunfuñante al momento de bajar
del primer intento...
No **Teolvidaremos**”.

RAMIRO CALVO



Teodoro Plaza en la cumbre del Torre.

En abril de 1994, un año después de la ascensión al Torre, Teo integró un grupo de diez andinistas que realizaron un curso para guías especializados en alta montaña, en el cerro Tronador. Tuvieron tormenta y luego de haber pasado dos días en las cuevas de hielo cavadas en la base del “Filo de La Vieja”, decidieron bajar al refugio. Cerca del Filo se desprendió la placa de nieve sobre la que transitaban, produciendo una avalancha que sepultó a cinco del grupo, dejando a otros dos imposibilitados de colaborar en el rescate de sus compañeros. Ramiro Calvo y Manuel de la Cruz fueron sacados a la superficie con vida al ver una de las botas asomando por el hielo y porque uno había quedado justo debajo del otro. Teodoro Plaza, Omar Moscoso y Ezequiel Moix, nunca fueron encontrados.



1.



2.



3.



4.

"Fue en el año 1993, eran otros tiempos. Esa temporada habíamos escalado las Torres del Paine con Teo y Diego Luro, que luego partió a Bariloche. A mí me tocó hacer el servicio militar. Teo, imparable, se fue al Torre.

*Un artículo del anuario del CAB¹ relata la ascensión de Teo y Lucas y luego la escalada con Iñaki hasta la cumbre, por la Vía del Compresor. Todo en una semana, llevando el equipo desde El Chaltén, una muestra clara de la motivación de nuestro gran amigo "Teodoranga". Puedo imaginarme su cara refunfuñante al momento de bajar del primer intento, y la felicidad cuando encontró a Iñaki San Vicente. No **Teo**lvidaremos".*

Ramiro Calvo, mayo de 2007

1. Teodoro Plaza en Patagonia.
2. Teodoro Plaza en el Fitz Roy.
3. 1992. Diego Luro, Ramiro Calvo, Manuel Rapoport y Teodoro Plaza.
4. Teodoro Plaza en el Fitz Roy.

1. Teodoro Plaza, "Cerro Torre", Club Andino Bariloche, Edición 1993-1994, pág. 154.

MONIKA KAMBIC

con la eslovena Tanja Grmovsek.
Primera cordada femenina mundial.



Monika Kambic nació en Buenos Aires el 26 de marzo de 1969. Vivió en Bariloche hasta 1993 y luego se fue a vivir a Eslovenia, de donde es oriunda su familia. Allí reside actualmente con los tres hijos que tuvo con Klemen Mali, su compañero en la mayoría de las ascensiones.

El 6 de febrero de 2004, Monika Kambic concretó la cumbre del Fitz Roy junto con la eslovena Tina di Batista, convirtiéndose ambas en las integrantes de la primera cordada femenina a nivel mundial en lograr dicha hazaña. Al año siguiente, no contando con Tina, le propuso escalar el Torre a otra eslovena, Tanja Grmovsek, quien aceptó inmediatamente el desafío. Partieron el 19 de enero de 2005 desde el campamento De Agostini rumbo a Polacos, desde donde intentaron escalar la aguja Saint Exupèry a modo de precalentamiento, pero tuvieron que abandonar porque había demasiado hielo acumulado en la vía. El 26 escalaron la Aguja de la S y luego se mudaron al campamento Noruegos, que es la base de acceso a las paredes este del cordón del

Torre. El 31 de enero comenzaron a escalar el cerro Torre a las cuatro de la mañana. Hacia las nueve llegaron al Col de la Esperanza. Era un día despejado. Esa tarde escalaron y fijaron cuerdas en los primeros cuatro largos y luego regresaron al Col a dormir. Al día siguiente partieron jumareando con botas y crampones la mayor parte del tiempo, hasta llegar a la mitad de la pared. La escalada hasta ahí les había resultado más sencilla de lo que habían imaginado. A pesar de que unas nubes grises amenazaban el buen tiempo que estaba pronosticado, continuaron el ascenso despreocupadas, con la esperanza de

“Hacer cumbre en el Torre fue un desafío del que aprendí mucho.

Fuimos la primera cordada femenina en la cumbre del cerro Torre”.

vivaquear cerca de las torres de hielo. El tiempo empeoró, las nubes se convirtieron en lluvia con ráfagas de viento fuerte y a las 23 horas, totalmente empapadas y habiendo llegado a ocho largos de la cumbre, decidieron descender. Rapelaron durante toda la noche con bastantes problemas porque las cuerdas estaban mojadas. Cuando llegaron a Noruegos salió el sol. Una pena. Tanja estaba extremadamente cansada, no le había gustado la ruta y no tenía intenciones de volver a intentarlo. Luego de descansar y recuperar energías, Monika logró convencer a su amiga de hacer un nuevo intento, esta vez con una táctica diferente.

Se pronosticaban tres días de buen tiempo. El 7 de febrero salieron de Noruegos a las tres de la madrugada y escalaron unos diez largos hasta el Col. Debieron hacerlo “en fila” porque delante de ellas iban dos cordadas de tres ingleses y dos sudafricanos. A las nueve de la noche estaban en la mitad de la pared del largo número quince. Esa noche debieron vivaquear en una estrecha repisa junto a la cordada inglesa. A la mañana siguiente continuaron



Monika sobre los estribos debajo de una lluvia de desprendimientos de hielo.

con los primeros rayos de sol, avanzando lentamente por la “escalera” de clavos de Maestri. Faltaban sólo dos largos para el final de la pared. Unos metros más arriba iban los ingleses, que cuando estaban llegando al famoso compresor, uno de ellos clavó su piolet en una masa de hielo que cubría el aparato y un bloque de hielo se desprendió justo en la vertical de Monika, quien sólo atinó a agachar la cabeza. El bloque impactó en su espalda con tanta fuerza que durante unos instantes la dejó sin aliento y bastante aturdida. El fuerte dolor en la espalda le impedía cualquier movimiento. Cuando se recuperó, sólo pensó en seguir adelante; ya estaba muy cerca de la cumbre y no tenía intenciones de desistir. La mano derecha le dolía demasiado y casi no podía utilizarla, pero se las arregló para jumarear lentamente con la mano izquierda, deseando que el hongo de la cumbre no fuera tan difícil como para escalarlo con un solo piolet.

Decididas a no doblegarse, Tanja comenzó a tallar escalones en el hielo para ayudar a Monika a subir. Finalmente, el 8 de febrero de 2005 hicieron cumbre a las nueve de la noche; pero aún faltaba lo peor para Monika: un doloroso descenso de veinticuatro horas utilizando sólo la mano izquierda y vivaquear en la misma repisa estrecha en donde habían pasado la noche anterior. Llegaron a Noruegos a las 23.50 horas del día siguiente. Ya de regreso en El Chaltén, los médicos le diagnosticaron tres costillas rotas.

“El Torre siempre me pareció una montaña con mucha historia. Recuerdo que estuve un par de días buscando con quién escalarlo porque Tanja no estaba segura después de nuestro fracaso previo. Luego supimos que estaban pronosticados tres días de buen tiempo, así que la convencí y fuimos. En el primer intento habíamos estado solas en la pared, pero la última vez éramos como diez personas al mismo tiempo.

Pero lo peor fue el descenso. Yo estaba lastimada y no podía hacer nada. Tanja tuvo que armar todos los rapeles y tirar todas las sogas ella sola, que estaban mojadas y se engancharon en todas partes. Además, hacía veinte horas que no teníamos nada para comer ni beber. Sufrimos bastante, tardamos más de veinticuatro horas. Cuando llegamos estaba más contenta por haber bajado entera que por haber hecho cumbre.



En la cumbre del cerro Torre Monika festeja con un solo brazo. El otro le quedó casi inutilizado por el fuerte impacto de un bloque de hielo durante el ascenso. Al fondo el cerro Fitz Roy.

Yo nunca había pensado en escalar el Torre porque a mí me gusta más la escalada en roca y el Torre tiene mucho mixto. Se pierde demasiado tiempo, se escala un rato en zapatillas, otro en botas, después hay que parar a ponerse los crampones, sacarlos... Además se lleva mucho peso, por lo menos diez kilos. No obstante, fue un desafío del que aprendí mucho y confieso que técnicamente pensé que sería una montaña más compleja, pero es escalable. Si no hubiera sido por el bloque de hielo que me golpeó, hubiera podido disfrutar un poco más del entorno y de haber sido la primera cordada femenina en conquistar la cumbre del Torre”.

Monika Kambic

GABRIEL OTERO

con el español Isaac Cortés y el brasileño Edemilson Padilla. 9 de febrero de 2005. Espolón sudeste. Vía del Compresor.



Aunque Gabriel Otero ya había escalado la Aguja de la S, la Guillaumet y la Media Luna, cuando Isaac Cortés le propuso escalar el Torre, la invitación lo tomó por sorpresa. No obstante, aceptó, y el 2 de febrero de 2005, ambos partieron junto con el brasileño Edemilson “Edi” Padilla hacia el Vivac de los noruegos. El cielo se fue cubriendo de nubes, la presión atmosférica comenzó a descender y todo indicaba que se aproximaba una tormenta, por lo que Isaac y Edi decidieron bajar al pueblo mientras que Gabriel prefirió quedarse solo, en ese lugar único.

Isaac y Edi retornaron al vivac cuatro días después y se encontraron con cuatro cordadas que habían estado intentando escalar el cerro desde la semana anterior; y como Gabriel y sus compañeros querían asegurarse una escalada controlada y, principalmente, un descenso seguro, decidieron aguardar un día más y partieron del vivac a las cuatro de la mañana del 7 de febrero. Las huellas de las otras cordadas facilitaron el avance por el glaciar, exceptuando en la rimaya. Mientras clareaba escalaron los dos primeros largos en ensamble. Los cuatro siguientes fueron entre roca y hielo, relativamente fáciles pero muy delicados a la vez por los posibles desprendimientos de piedras. A las doce del mediodía ya estaban en el “Hombro” y lo único que les quedaba por hacer era fijar las cuerdas en los tres primeros largos, comer e irse a dormir.

Asignaron los largos según la experiencia y las cualidades de cada uno, de modo que los nueve primeros fueron responsabilidad de Gabriel, los diez siguientes de Isaac, —el más apto para los mixtos—, y en el resto lideraría Edi. Luego de dejar puestas las cuerdas para el día siguiente, bajaron a descansar. Faltaban cerca de ocho horas para la madrugada, pero la ansiedad no impidió que Gabriel conciliara el sueño. Dormir allí bajo las estrellas era como estar en el paraíso.

A las cinco de la mañana del 8 de febrero estaban de vuelta en las cuerdas. Todavía era de noche pero no hacía frío, lo que generaba más dudas que festejos. Siguieron la vía sin complicaciones.

Antes de comenzar con la Gran travesía quedaron detrás de la cordada de sudafricanos que habían vivaqueado unos largos por encima de ellos la noche anterior. Para alivianar la carga, sólo llevaban tres piquetas, dos de las cuales las tenía el que iba primero, por lo que algunos largos debían hacerlos con mucha delicadeza y en algunas travesías no había otra solución que pendular hasta quedar vertical para poder subir por la cuerda.

Mientras atardecía, Edi comenzó a escalar el “Headwall” en ensamble, del mismo modo que lo había hecho en la Gran travesía. La vía estaba muy concurrida; mientras ellos procuraban escalar, otras cordadas esperaban para descender en rapel, entre las cuales se hallaba



Descendiendo desde la cumbre. Foto Gabriel Otero.

Monika Kambic. Edi recibió el impacto de un hielo en su casco. No sufrió heridas, pero su linterna frontal quedó inservible y la reemplazaron con una linterna halógena que habían llevado de repuesto. Anocheció cuando estaban a un largo del compresor, con casi toda la ruta debajo de ellos. Quedaban setenta metros por el hongo de nieve para hacer cumbre. Ubicado al final de la cuerda, Gabriel sentía sus palpitaciones. Después de veinte horas de escalada, por fin se posaron en la cumbre del Torre a la una de la madrugada del 9 de febrero. Allí sólo tomaron rápidamente algunas fotos, ya que los aguardaba el descenso en el medio de la noche. Mientras bajaban, Isaac estaba por posarse en una plataforma cuando la nieve cedió, él cayó al suelo y su linterna frontal fue a dar al fondo de una grieta. Ante lo sucedido, tomaron la difícil decisión de aguardar hasta el amanecer en la cumbre, adentro de una cueva natural de hielo. Usaron las cuerdas y las mochilas como aislantes para el piso, pero tenían la ropa mojada y el frío se hacía sentir. La mente se inquietaba y los pensamientos se agolpaban hora tras hora y se hacía difícil conciliar el sueño. Finalmente, con las primeras luces de la mañana, comenzaron a salir de la madriguera de hielo y a descender rápidamente. Unos cuarenta rapeles los separaban del punto de inicio de la vía. Al llegar a la Gran travesía se encontraron con las cordadas que habían vivaqueado por debajo de ellos. A medida que bajaban el viento golpeaba con menos fuerza, el día se tornó agradable y la ropa se fue secando. Después de casi diez horas rapelando llegaron al Hombro, donde habían dejado las bolsas de dormir y la comida. Prefirieron esperar hasta la mañana siguiente para continuar con el descenso, así habría menos cordadas en la bajada y la rampa de hielo estaría más dura y segura. A las cinco de la mañana siguieron descendiendo hasta llegar al glaciar, pero fue recién al ver las luces del pueblo de El Chaltén que Gabriel realmente sintió que podían festejar.

“Apenas comencé a involucrarme con el mundo vertical, los adjetivos sobre el cerro Torre bombardearon mi cabeza: la montaña imposible, la más bella, la más difícil, la más mal-dita... Una columna de granito de más de tres mil metros de altura; alta, afilada, estética, intimidadora. No puedo explicar de dónde proviene su irremediable seducción, tal vez sea porque al escalarla se mezclan historias, misterios y belleza. Escalar el cerro Torre se transformó en un pequeño recorrido por la historia del alpinismo, un museo viviente en donde cientos de historias, fotos y anécdotas se fusionan para formar una película frente a mí. Solamente en sueños se me podía cruzar la idea de intentar su cumbre en mi primera temporada en la Patagonia. Generalmente las cordadas que intentan subirla lo programan con un año de anticipación; estudian la estrategia, la ruta y cuál va a ser la mejor época del año. Nuestra estrategia era tímida pero segura; no íbamos a arriesgar nada, iríamos de Noruegos al Hombro, de ahí a la cumbre y de la cumbre a casa.

“No puedo explicar de dónde proviene su irremediable seducción, pero al escalar el Torre se mezclan historias, misterios y belleza”.



Gabriel Otero culminando las torres de hielo y llegando al "headwall".
Foto Edemilson Padilha.



Con las primeras luces del amanecer sobre la pared y un día perfecto. Gabriel todavía dudaba por lo que les quedaba por hacer. Foto Edemilson Padilha.



Gabriel Otero en la cumbre. Foto Edemilson Padilha.

Hoy el cerro Torre ha pasado de ser la montaña más difícil a convertirse en la más polémica del mundo. Desde hace muchos años se está debatiendo si conviene sacar los clavos de la Vía del Compresor. Yo amo la escalada libre y la entiendo como una expresión personal de emancipación, en donde se prioriza la calidad de la experiencia, la búsqueda y el desafío por sobre la codicia de alcanzar una cumbre. Por eso soy consciente de que quien sube al cerro Torre por la Vía del Compresor, no sube al cerro Torre, sino que sube la Vía del Compresor, una línea con muy poco mérito alpino; y termina coronando esta ascensión con una cumbre hueca. Pero también es cierto que las experiencias y las vivencias que se forjan en esta escalada están fundidas con los clavos, el compresor y su historia, no con la cumbre. Y si bien esta vía ha matado lo imposible, lamentablemente ya está hecha y no creo que sacando los clavos el cerro Torre vuelva a ser la montaña inalcanzable que todos soñamos. Y seguramente, si los agujeros no se tapan muy bien, otras cordadas que suban por allí volverán a utilizarlos, profanando todavía más el espíritu de la montaña. César Maestri ha cometido un error, no pequemos de obtusos y hagamos lo mismo que él.

Además de la Vía del Compresor, hay tres líneas posibles que se pueden realizar en un estilo alpino puro. Dejemos a libertad de cada escalador decidir con qué ética intenta subir el cerro. En lo personal, invito a que cualquiera que desee intentarlo, reflexione sobre qué es lo que está buscando en su ascensión, porque la montaña más difícil del mundo ya no es el cerro Torre y menos aún si se lo sube por la Vía del Compresor. Abramos nuestras cabezas, soñemos y juguémonos por nuevas líneas, o por las mismas pero en estilos más limpios”.

Gabriel Otero

ROLANDO GARIBOTTI

con los italianos Ermanno Salvaterra y Alessandro Beltrami. 13 de noviembre de 2005. Apertura de la vía El Arca de los Vientos. Caras este, norte y oeste.



Foto: M. Pezelej

La intención de Rolando Garibotti, Ermanno Salvaterra y Alessandro Beltrami era abrir una vía nueva al cerro Torre en estilo alpino, siguiendo una línea que fuese independiente de la "vía ferrata" del espolón sudeste, la Vía del Compresor. Para esto eligieron la línea que Césare Maestri decía haber realizado en 1959 junto con Toni Egger y Cesarino Fava.

El primer intento lo hicieron entre los días 6 y 7 de noviembre de 2005. Esa vez lograron subir unos novecientos metros. Llegaron a estar a trescientos metros de la cumbre, pero debieron renunciar por mal tiempo. El segundo intento llegó apenas unos días más tarde, el 11 de noviembre, que amaneció prometiendo un cielo despejado y tranquilo. Salieron desde El Chaltén hasta la cueva de hielo que estaba al pie de la pared este del Cerro. Por la tarde escalaron los primeros cuatro largos y fijaron las tres cuerdas de escalada para ganar algo de tiempo para la mañana siguiente. El 12 partieron a las cinco de la mañana, y gracias a que conocían bien la vía, lograron llegar al Col de la Conquista cerca de las doce del mediodía, habiendo escalado alrededor de setecientos metros. Para ahorrar tiempo utilizaron las triquiñuelas clásicas de la escalada rápida, tales como el "short-fixing"; es decir que cuando el primero de la cordada llegaba a la reunión recuperaba cuanta cuerda quedaba para poder escalar unos metros por sobre la reunión, al mismo tiempo que los compañeros de cordada subían "jumareando". Este sistema les permitió ahorrar mucho tiempo, ya que a veces el que iba primero lograba realizar hasta quince metros extra.

Los primeros trescientos metros escalaron el diedro que lleva al nevero triangular, al final del cual se toparon con un depósito de Egger, Fava y Maestri, el último lugar en donde encontraron rastros de su paso por el cerro. Luego de cruzar el nevero triangular escalaron una serie de placas difíciles ubicadas a unos metros de una rampa de hielo muy evidente, para alcanzar la base del gran Diedro de los Ingleses, escalado por Phil Burke y Tom Proctor en 1981. Desde allí subieron por otra rampa fácil, ubicada al pie de la pared norte, y quedaron por encima del Col de la Conquista. Un rapel corto los dejó en la pared noroeste a lo

Rolando Garibotti escalando en las placas apenas por encima del nevero triangular en el largo 9



Ermanno Salvaterra en el primer vivac.
Por detrás se ve la Torre Egger.



largo de la cual siguieron escalando. Pasaron el lugar del vivac en donde habían estado el día anterior y llegaron cerca de las 16.30 horas a una pequeña terraza situada en el borde del espolón norte, que había sido el punto máximo alcanzado durante el intento previo. En esa sección escalaron algunos largos que ya habían sido escalados por los italianos Mauricio Giarolli, Elio Orlandi y Odoardo Ravizza durante un intento de apertura de una vía desde el oeste. El calor hacía que la sección fuera muy peligrosa, por la caída constante de hielo. En esa pequeña terraza decidieron pasar la noche, pero en vistas de que era demasiado temprano para irse a dormir, fijaron dos largos por sobre ese punto, escalando en la pared norte misma. Después de una noche bastante fresca, retomaron la escalada a eso de las ocho de la mañana, y luego de haber escalado otros dos largos por la pared norte, alcanzaron el filo oeste del cerro Torre, donde la vía se unía con la de los “Ragni di Lecco”. Desde allí, cuatro largos más los llevaron a la cumbre, que alcanzaron alrededor de las 23.00 horas del 13 de noviembre, en medio de una fuerte nevisca. Uno de los largos resultó ser bastante difícil y les llevó casi cuatro horas completarlo, turnándose entre los tres para poder avanzar.

Como ya era tarde y nevaba muy fuerte, decidieron permanecer en la cumbre hasta el amanecer antes de empezar el descenso. Aproximadamente a las cuatro de la madrugada comenzaron a bajar a lo largo de la Vía del Compresor, por la cara este. Llegaron al “Hombro” a las diez y media de la mañana y al glaciar, una hora más tarde.

“Decidimos llamar ‘El Arca de los Vientos’ a la vía que abrimos (1200 m, ED+), y dedicarla a la memoria del argentino Teo Plaza y del español Pepe Chaverri, quienes en 1994 realizaron un importante intento en estilo alpino en la Aguja Standhardt. Teo fue el andinista argentino con mayor potencial de todos los tiempos. Murió durante una avalancha en el cerro Tronador. Pepe falleció en los Alpes, varios años después que Teo. A pesar de haber seguido en gran parte la ruta de César Maestri, no encontramos ningún indicio de su paso por encima del depósito de material al final del diedro inicial, a trescientos metros del glaciar. Esto, sumado al hecho de que las descripciones que hizo Maestri no concuerdan con el terreno que encontramos, reconfirmó que la primera ascensión al Torre fue realizada en 1974 por los ‘Ragni di Lecco’: Daniele Chiappa, Mario Conti, Casimiro Ferrari y Pino Negri. Maestri subió por el espolón sudeste en 1971 —la Vía del Compresor— pero admite haberse retirado a unos cuarenta metros de la cumbre”.

Rolando Garibotti

CARTA DE ROLANDO GARIBOTTI

Texto de la carta enviada el día 10 de enero de 2006 por Rolando Garibotti en nombre de la cordada a Manu Rivaud y al Comité organizador del Piolet d'Or, incluyendo a los jueces del Piolet 2006: Silvo Karo, Twid Turner y Stephen Venables.

Manu:

Gracias por la invitación a participar de la ceremonia de entrega del Piolet d'Or. Quiero hacerte saber que ni Alessandro Beltrami, ni Ermanno Salvaterra, ni yo vamos a estar presentes, y apreciaríamos mucho si nuestra escalada al cerro Torre es retirada de la lista de nominaciones.

Tuvimos la suerte de tener éxito en nuestro intento. Nos satisfizo la experiencia y apreciamos los comentarios positivos que recibimos de nuestros pares, pero nuestro interés y motivación fue la calidad misma de la experiencia.

Un premio como el Piolet d'Or trata de cuantificar y juzgar la calidad de esta experiencia. A diferencia de otros deportes, el montañismo se practica sin principios definidos, por lo tanto, cualquier intento de juzgar la calidad de una ascensión sobre otra es meramente subjetiva; es como tratar de comparar diferentes frutas. ¿Cómo puede haber un valor real en un juicio subjetivo de ese tipo? ¿Cómo pueden juzgarse conceptos tan ambiguos como la elegancia y la imaginación?

La "jerarquía alpinística" —funcionarios de la federación y escaladores esponsorados— son los que se benefician con un evento como éste. Un "Gran Prix" jerarquiza el perfil público de la actividad y valida su razón de ser, justificando el dinero que reciben y el dinero que gastan. Pero para la mayoría, para aquellos que practican el montañismo como "amateurs", los beneficios son inexistentes. ¿Qué otra validación podría uno acaso necesitar para una experiencia que uno ya ha "ganado"?

Si bien es cierto que el debate ético y estilístico que genera el Piolet d'Or cada año puede ser en algunos casos positivo, en otros es decididamente negativo. Si la experiencia del año pasado sirve como ejemplo, la respuesta negativa al equipo ruso ganador fue cercana a la xenofobia, resultando en una confrontación que dividió a los escaladores en vez de acercarlos a un diálogo constructivo.

El premio en sí mismo ha fallado en incorporar estándares claros que tengan en cuenta el ambientalismo y la escalada limpia, vacilando entre ascensiones que han degradado severamente el medio ambiente y otras que no lo han hecho.

La ceremonia del Piolet d'Or es una excelente oportunidad para que los montañistas se reúnan, compartan ideas y se inspiren los unos en los otros. Pero si ésa fuera la verdadera intención, el evento podría —y debería— ser planteado como los encuentros de escaladores que se realizan en Escocia o Argentière la Bessée, en donde se comparte la soga y no se otorgan premios subjetivos.

Escribiendo acerca del Piolet d'Or del 2003, el montañista inglés y editor de "Mountain Info", Lindsay Griffin, propuso "celebrar todas las nominaciones como contribuciones equivalentes al progreso del montañismo". Ésta, yo creo, es la mejor alternativa. Un festival de la diversidad en donde, ya que todos jugamos el juego, todos ganamos. Un foro donde escaladores de los cuatro extremos del planeta puedan intercambiar ideas, compartir puntos de vista y experiencias. Hasta entonces, nosotros preferimos no participar en este evento.

Rolando Garibotti

Ver el enlace directo a "A Mountain Unveiled":
http://www.americanalpineclub.org/pdfs/aaj/AAJ_04%20Garibotti-CerroTorre.pdf

“Decidimos llamarla ‘El Arca de los Vientos’
y dedicarla a la memoria del argentino
Teo Plaza y el español Pepe Chaverri”.



Ermanno Salvaterra en el primero de los tres hongos somitales del cerro Torre, cara oeste.
El “Arca de los Vientos” recorre los últimos tres largos de la vía “Ragni di Lecco”.



Rolando Garibotti escalando en el último largo de la cara norte del cerro Torre.
Foto Ermanno Salvaterra

RAMIRO CALVO, MÁXIMO ODELL, WALTER ROSSINI, LUCIANO Y GABRIEL FIORENZA

con el francés Bruno Sourzac. 30 de Noviembre de 2005.
Cara Oeste. Vía Ragni di Lecco abierta en 1974.



La vía había sido hecha por primera vez por el grupo italiano “Ragni di Lecco”, liderado por Casimiro Ferrari, expedición que terminó siendo la primera en alcanzar la cumbre por una vía que nunca había sido siquiera intentada por argentinos.

Ramiro Calvo, Máximo Odell, Walter Rossini y Luciano y Gabriel “Bicho” Fiorenza eran cinco amigos bariloenses que, junto con el francés Bruno Sourzac, en el año 2005 decidieron escalar el Torre, no sólo con el propósito de alcanzar la cumbre sino también de hacer una película. Bruno había intentado escalarlo ocho años antes, habiendo llegado hasta el penúltimo largo y encontrado el hongo de la cumbre inescalable.

Partieron desde El Chaltén el 15 de noviembre. Para llegar a la cara oeste primero debieron internarse en el Campo de Hielo Continental. Entraron por el Paso Marconi y estuvieron un par de días porteando los equipos y la comida. Armaron el campamento base en el “Circo de los Altares”, un lugar emblemático en el medio del hielo. Allí cavaron cuevas de nieve al pie de la ladera misma del cerro y aguardaron a que el tiempo mejorara. Luego de diez días de tormenta, la presión atmosférica comenzó a subir, salió el sol, las montañas empezaron a distinguirse y ellos a salir de las cuevas. El 29 de noviembre subieron al Col de la Esperanza, en parte con esquís, en parte escalando tramos de roca y hielo y también caminando por sectores de nieve fresca. Cavaron otra cueva para el vivac en el col, donde pasaron una noche fría pero estrellada.





Max Odell



Walter Rossini



Luciano Fiorenza



Gabriel Fiorenza

Se dividieron en dos cordadas totalmente independientes, Luciano, Máximo y Walter por un lado y Ramiro, Gabriel y Bruno por el otro. Cada cordada llevaba una cámara digital de video para documentar la ascensión. Comenzaron a escalar con la primera luz del día, cerca de las cinco de la mañana del 30 de noviembre. Lo hicieron rápidamente y sin grandes complicaciones: tres largos en donde la pendiente más pronunciada era de setenta grados y con buen hielo.

La parte media de la montaña presentó inconvenientes. Un verdadero casco de hielo los recibió con verticales, paredes extraplomadas de nieve y escarcha inconsistente que amenazaba con hacerlos desistir. Fue entonces cuando Bruno encontró dentro del casco de hielo un túnel angosto y vertical con excelente hielo, por donde podían ascender. Así, uno de los largos clave quedaba resuelto.

Escalaban rápidamente, superando con eficacia las dificultades que se iban presentando, ya que en algunos tramos subieron por verdaderos túneles en el hielo, cuyos efectos termodinámicos no hacían para nada agradable la escalada. Asediaban a la montaña en grupo, como lo habían hecho los “Ragni di Lecco” en 1974. No es lo mismo subir en una cordada de dos integrantes que con varios amigos; es más sencillo enfrentar los miedos y las ansiedades de a seis. Así continuaron escalando. Pasaron los tres largos mixtos con buen hielo y llegaron al “Headwall” de hielo, otro largo clave. Bruno se puso serio, apretó los dientes y superó los siguientes sesenta metros, completamente verticales. La segunda cordada (Luciano, Máximo y Walter) esperaba ansiosamente su turno bajo el bombardeo constante de bloques de hielo. El siguiente largo transcurrió dentro de otro túnel, el “tubo de la tormenta”, por donde salieron al filo norte y en donde los esperaba el sol.

Sólo faltaban dos largos para la cumbre. La sucesión de hongos de hielo exigía trabajo y perseverancia. El buen hielo era cada vez más escaso, dando lugar a formaciones de nieve y escarcha inconsistentes. Afortunadamente se toparon con un tercer túnel, el más angosto y claustrofóbico. Como hormigas, recorrieron la montaña por fuera y por dentro de sus laderas verticales en una escalada insospechada y original. Cada largo les deparaba alguna sorpresa, pero el buen tiempo les regalaba un estupendo día de sol. Llegó el último largo, el hongo somital. La inmensa pared del hongo intimidaba y al parecer no presentaba ningún punto vulnerable, salvo una canaleta vertical cubierta de escarcha inconsistente. Ramiro y Bruno se turnaron para trabajar el largo; con esfuerzo limpiaron la escarcha e intentaron clavar las piquetas en algo sólido, para poder subir. A las 18.00 horas del 30 de noviembre de 2005, los seis pisaron la cumbre de nieve y escarcha, sin poder creer dónde estaban y lo que habían logrado. Grabaron y fotografiaron imágenes de los 360 grados de pura Patagonia. Y con muchísima emoción y alguna que otra lágrima, se abrazaron felices por estar en la cumbre, y sobre todo por haber compartido semejante aventura entre amigos.

Fue la quinta ascensión mundial que se posó sobre el hongo de la cumbre por la vía “Ragni di Lecco”. Ningún escalador argentino había hecho cumbre por esa ruta anteriormente.

“Ahora, luego de dos años de nuestra ascensión, podemos arriesgar posturas: que elegimos una vía mas ética, sin controversias, que si Maestri subió o no en el '59, que si estamos a favor o en contra de los clavos, que si los sacamos, que si los ponemos... Pero lo cierto es que cuando nos embarcamos en esta aventura, en el 2005, apostábamos a escalar una vía mítica, la línea natural del Torre.

Además de con ansias y con miedos, también íbamos con respeto, listos para regresar si la escalada se complicaba. Ninguno tenía miedo al fracaso, daríamos lo que teníamos para dar y la montaña nos revelaría si estábamos a la altura de las dificultades. El éxito, la cumbre, no son cosas seguras en la Patagonia, nunca. La aventura sí, y entre tantos amigos resultaba difícil no vivirla”.

Gabriel Fiorenza

“El éxito, la cumbre, no son cosas seguras en la Patagonia, nunca. La aventura sí, y entre tantos amigos resultaba difícil no vivirla”.



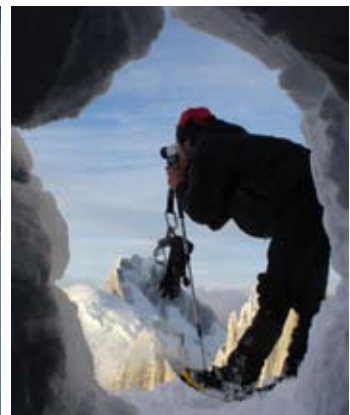
Ramiro Calvo en los primeros largos.



Cueva de hielo el Circo de los Altares.



Subiendo al Col de la Esperanza.



Ramiro Calvo grabando para la película, debajo del Col de la Conquista.



Ramiro Calvo en el homgo somital. Foto Bruno Sourzac.



Túnel dentro del hongo. Foto Bruno Sourzac.



En la cumbre. Foto Bruno Sourzac.

EPÍLOGO

En uno de los rincones más remotos y salvajes de la Patagonia se alza el cerro Torre, una montaña que por mucho tiempo ha sido considerada una de las más difíciles de escalar en todo el mundo. Frecuentemente cubierta de nubes, esta aguja de hielo y granito tallado verticalmente sobre el glaciar ha sido eje de polémicas desde sus primeros ascensos. Sus paredes han invitado a los mejores escaladores del mundo a desafiarlas, incrementando su halo de invencibilidad en cada avalancha, en cada bloque de hielo desprendido hacia el vacío, un vacío poblado de magnífica geografía. Pero lo aparentemente imposible comenzó a concretarse en los sueños de los alpinistas más osados, ya que a mayor dificultad, mayor es el deseo de conquista. Así, desde el año 1936, numerosas cordadas comenzaron a acecharlo.

Aún hoy se debate sobre el modo, la ética y la estrategia válidos a la hora de intentar su cumbre. Las distintas actitudes y recursos utilizados por quienes lo escalaron todavía suscitan las más controvertidas discusiones; pero lo cierto es que pasarán los años, se renovarán los materiales, se abrirán nuevas vías y, a pesar de eso, todas las ascensiones no perderán jamás su lógica, sus estrategias y sus secretos, porque lo perfecto es enemigo de lo posible así como lo ideal es enemigo de lo bueno.

El cerro Torre refleja lo complejo que se esconde en la simpleza, una comunión entre la soledad y la bella inmensidad patagónica de la región de los hielos, únicos testigos de aciertos y desaciertos, de pesadillas y desesperación. Allí no hay margen para disfrutar del entorno quizás más bello del planeta, allí, la lucha entre el hombre y la montaña se convierte en una apuesta permanente que deja en evidencia la delgada línea que une al hombre que cree en sus sueños y los realiza con el hombre vencido incapaz de actuar, pero deseoso por redimirse.

Cara oeste: agujas Satandhardt, Herron, Egger y cerro Torre.
Foto Diego Vallmitjana.



Ascensos que no utilizaron los clavos de Maestri

Ascensos hasta la cumbre

1. Daniele Chiappa, Mario Conti, Casimiro Ferrari, y Pino Negri (Italia), enero de 1974 vía la cara oeste. Éste fue el primer ascenso completo a la montaña.
2. John Bragg, Dave Carman y Jay Wilson (USA) enero de 1977 vía la cara oeste. Segundo ascenso completo al cerro.
3. Michael Bearzi y Eric Winkelmann (USA) febrero de 1986 vía la cara oeste.
4. Simon Elías y Josu Merino (España) febrero de 1997 vía la cara oeste.
5. Alessandro Beltrami y Ermanno Salvaterra (Italia), y **Rolando Garibotti** (Argentina), noviembre de 2005, vía El Arca de los Vientos, caras este y norte, y sobre tres largos de la ruta de la cara oeste.
6. **Ramiro Calvo, Gabriel y Luciano Fiorenza, Max Odell, Walter Rossini** (Argentina) y Bruno Sourzac (Francia) diciembre de 2005 vía la cara oeste.
7. Kelly Cordes y Colin Haley (USA) enero de 2007 vía Los Tiempos Perdidos, por la cara sur, y la ruta de la cara oeste.

Ascensos hasta los últimos trece metros del hongo antes de la cumbre

1. Dan Cauthorn y John Krakauer (USA) 1992 vía la cara oeste.
2. David Authemann, Patrick Pessi y Fred Valet (Francia) 1994 vía la cara oeste.
3. Thomas Ulrich, Stefan Siegrist y David Fasel (Suiza) y Greg Crouch (USA) invierno de 1999 vía la cara oeste.

Muchas otras cordadas llegaron hasta la base del hongo cumbre. Esta pared vertical de cincuenta metros de "algodón azucarado" ha obligado a volverse a muchos grupos, incluyendo a Bruno Sourzac en 1997, quien ocho años más tarde se sumó a los bariloenses y terminó el trabajo.

Colaboraron

Rolando Garibotti con el asesoramiento general del cuaderno.

Los propios protagonistas, cada uno en su capítulo.

Toncek Arko con las fotos de Teo Plaza.

Guillermo Glass con las fotos tomadas por su abuelo René Eggmann.

Marcelo Lisnovsky con la investigación bibliográfica.

Si bien la Fundación Parques Nacionales sabe que dos de los escaladores incluidos en el cuaderno tienen nacionalidades distintas de la argentina, ha respetado su claro deseo de ser considerados como tales, porque ése es su verdadero sentir, aunque legalmente tengan otra nacionalidad al haber nacido circunstancialmente en otro país.

Bibliografía

- . Casimiro Ferrari, *Cerro Torre*, pared oeste, RM, 1983.
- . Revista *Desnivel*, nro 210, abril 2004.
- . Club Andino Esquel, 50 aniversario, *Memoria* 1952-2002, abril 2003.
- . José Luis Fonrouge, *Horizontes verticales en La Patagonia*, Buenos Aires, El elefante blanco, Primera edición, 1999.
- . Anuarios del Club Andino Bariloche, 1992, 1993-94, 1995-98, 1999-2005.
- . Revista *Weekend*, nro 214, julio 1990.
- . Revista *Escalando Argentina*, mayo 1992.
- . Revistas *Al Borde* nros 92,98, 99 y otras.
- . Revista *Tiempo de aventura*, nro 74, abril 2005.

Fe de erratas del "En Patagonia" N° 4 dedicado a Mario Bertone.

En la página 2, donde se agradece la colaboración de National Geographic, corresponde al cuaderno anterior.

En la página 16, donde refiriéndose al Fitz Roy Bertone recuerda "Llegamos cerca de los 3.000 metros...", considerando que la cumbre está a 3.405 m, no pueden haber llegado muy cerca de la cota expresada pues no estuvieron tan próximos a la cumbre.

La foto de esa misma página no corresponde a las placas de la cara oeste del Fitz Roy.

El "Headwall", vista aérea. Foto Alberto del Castillo.

